

SUSCRICION EN MADRID.

POR UN MES... 4 RS.  
 POR TRES MESES... 10  
 POR UN AÑO... 40

# LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN PROVINCIA

POR TRES MESES... 12 RS.  
 POR SEIS MESES... 24  
 POR UN AÑO... 50

## EL VERDADERO ROBINSON.

## CAPITULO XI.

La isla de San Ambrosio.—Selkirk conoce por fin la amistad.  
 —La almadia.—Visitas al sepulcro de Marimonda.—La partida.—Las dos islas.—Naufragio.—El puerto de salvacion.

Al leer aquello, Selkirk se sintió movido á compasion por el desgraciado náufrago. ¡Qué!... ¿en aquel mismo Océano, tal vez en aquellos mismos parages, vive otro infeliz desterrado del mundo como él, sufriendo los mismos padecimientos, las mismas necesidades, y experimentando las mismas angustias y fastidio que él?... ese hombre confia al mar su grito de desolacion, sus quejas, y el mar, fiel mensajero, viene á depositarlas á los pies de Selkirk!...

De repente piensa en aquel peñasco, en aquella isla descubierta por él, en el mismo dia en que en el Oasis se habia reconciliado con Marimonda.

Aquella es la isla de San Ambrosio, allí se encuentra, no le cabe duda, su nuevo amigo; si, su nuevo amigo; porque desde aquel momento siente por él un impulso de simpático afecto. Le ama, ¡porque es tan digno de fastidio! ¡desgraciado padre! ha perdido sus hijos, ha perdido su fortuna, y hasta la esperanza de volver á ver nunca su pais; y sin embargo, reina en su carta un tono de tranquila dignidad y de religiosa resignacion, que solo puede provenir de un corazon noble. Es español y católico romano, y Selkirk es escocés y calvinista presbiteriano; ¡qué importa!

Ahora su amigo le pide auxilio, y ha resuelto aventurarlo y emprenderlo todo para corresponder á su llamamiento. Como una lámpara privada de aire, se inflama su imaginacion con la idea de que por fin puede ser útil á otros que á si mismo. El habitante de San Ambrosio le deberá el lenitivo de sus males y un compañero. ¿Y qué presenta de irrealizable esta esperanza? ¿No habia concebido ya el proyecto de construir una barca para explorar aquella ribera desconocida? Dios parece que le aienta en su designio, enviándole simultáneamente aquel doble maná para el cuerpo y el alma, el *porro*, que le bastará para su alimento, y aquel escrito que habia llegado á sus manos de ola en ola, para imponerle el cumplimiento de un deber.

Al punto comienza la obra, y todos los obstáculos son impotentes para retraerle de su generosa resolucion. De las producciones vegetales de la isla, el cedro encarnado y el mirto son las que llegan á las mas altas proporciones; pero sin embargo, su tronco no presenta el volumen suficiente para hacer una barca. Pues bien, construirá una almadia. Derriba unos arbolitos, les quita las ramas, y los lleva rodando hasta una especie de meseta arenosa que las olas invaden en ciertas épocas; los ata fuertemente con cuerdas de aloes, correas, y lianas flexibles y de resistencia; elige ademas raices divergentes y horizontales, direccion habitual que toman las de todos los grandes vegetales de aquella isla, entre los que habia uno que apenas se hallaba cubierto por dos pies de tierra. Este será el mástil. Le pone en medio de la almadia, y le conserva derecho, entrelazando sus raices con las diversas piezas que componen la armazon del suelo; para vela podrá emplear la que le dejó el *Espadon*, y su hamaca de piel de foca podrá servirle de vela de reserva en caso de necesidad.

Fabrica en seguida un timon, y despues dos remos muy fuertes, para no carecer de nada que pueda asegurarle el buen éxito de su empresa; procura afirmar su construccion con cuantos clavos y herraje le quedaban, y aguarda la alta marea, que debía ayudarle á botar su esquife al agua.

TOMO III.

Jamás se habia creído mas tranquilo ni contento que durante el largo tiempo invertido en estos trabajos; el objeto que se habia propuesto duplicaba sus fuerzas. Los instantes indispensables para el reposo, los pasaba en el Oasis al lado del sepulcro de Marimonda, que con su ejemplo le habia abierto aquel camino de abnegacion y de cariño que acababa de emprender. Desde allí, vuelta la vista hácia la isla en que vive aquel amigo desconocido que le llama, le habla, le anima, le consuela, le participa su resolucion de reunirse con él sin tardanza, y le parece que las mismas olas que le habian traído el mensaje se encargarian de llevar la contestacion.

Selkirk encuentra ahora algun placer en compadecerse de los males que no son suyos; no piensa ya en limitarse únicamente á su bienestar, y su desdenoso corazon, cerrado hasta entonces á la amistad, la conoce por fin ó por lo menos aspira á conocerla.

Por último, llegó el dia en que inundando la marea la meseta de arena, puso á flote uno de los ángulos de la almadia.

Selkirk se apresuró á trasladar á ella, sus hachas, sus fusiles, las pieles de cabra y de foca, la Biblia, el anteojo, las pipas, las banquetas, la escala, los lazos, en fin todas sus riquezas! aquello fué una mudanza completa. Al tomar posesion de la isla habia grabado en la

via mas que su isla maldita, ó mas bien su imagen representada por las aguas del mar.

Pero á medida que iba avanzando hácia su nueva conquista, como para cerciorarle de la realidad de su existencia, iba aumentándose á sus ojos, unas veces con la forma de una montaña y otras con la de un cabo. No habia podido verla mas que de perfil, pero ahora se le presentaba de frente, pronta á desenvolver todas sus gracias y seducciones, mientras que su despreciada y abandonada rival, iba desapareciendo cada vez mas, como para ocultar su humillacion en las olas del grande Océano.

De repente, sin que notase sacudimiento, sin que soprase el viento con violencia, ni la mar se alterase, el tronco que servia de mástil, principió á moverse, se inclinó hácia delante y despues á un lado; las raices que le sujetaban á la almadia se salieron de su sitio, la vela variando su direccion sin cesar, acabó de arrastrar al mástil que cayó al agua.

Asustado y atónito Selkirk, puso el pié sobre la caña del timon y agarró sus remos pero estos eran insuficientes para mover una máquina tan pesada. ¿Qué debía pues hacer?

El que no habia podido soportar el aislamiento en aquel paraíso terrestre de que se habia desterrado voluntariamente; se va á encontrar reducido á no tener mas asilo en la inmensidad de los mares, que algunos troncos de árboles mal unidos y sujetos entre sí.

La situacion era horrible, espantosa, y Selkirk se atreve á mirarla de frente, temeroso de que se abata su valor. Lo que ante todo le hace mas falta, es un mástil y una vela: por lo que hace á esta última tiene la de repuesto, pero con respecto al mástil no encuentra mas recurso que echar mano de uno de los travesaños de su embarcacion. Sin duda alguna se espone á que se deshiciere toda ella, ¿pero puede acaso elegir otro medio?

Toma la mejor de sus hachas, y escoge entre los palos que componen su almadia, el que le parece mejor: con mil precauciones corta las cuerdas que le su-

jetan, y con mucho trabajo consigue separarle de los demas con que estaba enlazado. Pero mientras se ocupa en este trabajo, el esquife, obedeciendo á un movimiento misterioso del mar, fué cubriendo de espuma como si las olas pasasen por encima de él. Selkirk empuña aceleradamente el timon, y la caña se rompe entre sus manos: toma los remos, y chascan y se quiebran. Una fuerza desconocida le arrebató: ha entrado en una de esas rápidas corrientes que atraviesan las aguas del Pacífico de Norte á Sud.

Situado en una direccion opuesta á la que hasta entonces habia seguido, parece que huye aterrorizado de la isla que iba á buscar. ¿A donde se dirige?... ¿A qué soledades, á que parages del mar va á ser arrastrado lejos de las islas y de los continentes?...

Para colmo de su temor, en aquellas latitudes en que el dia y la noche se sucede bruscamente, y en que son desconocidos los crepúsculos, el sol resplandeciente, se sumerge de pronto detrás del horizonte.

En medio de la oscuridad mas profunda, el desgraciado Selkirk sigue su curso fatal, que sin remedio le conduce al abismo. Durante una parte de aquella terrible noche, oye crujir bajo sus pies el frágil barquichuelo que le sostiene. ¡Cuánto tiempo se prolonga su suplicio! En fin, combatido por encontradas olas, y alojada su trabazon, la almadia comienza á dar vueltas, y algo mas pesado y mas seco que el choque de las olas la imprime nuevos y fuertes sacudimientos. Los primeros rayos de la luna que entonces iba apareciendo, lejos de calmar los terrores del infeliz náufrago, los aumenta. En el estado de vértigo en que se halla, sus pálidos resplandores, que reflejan en la mar, le parecen



Los tres estados de Selkirk.—Degradacion sucesiva.

corteza de algunos árboles la fecha y el dia de su llegada, pero al tiempo de su partida no pudo hacer otro tanto: hacia ya algunos meses que estaban interrumpidas sus efemérides, y habia llegado á hacerse imposible el marcar una fecha.

Quando las olas hicieron bogar completamente la embarcacion, se valió de uno de sus largos remos para hacerla pasar por encima de los bancos de piedra, y se lanzó al mar. Entonces, despues de orientar su vela y con el timon en la mano se volvió hácia su isla para dirigirle el último á dios, con muy poco sentimiento.

Henchida por el viento Sud-oeste, la vela sedirigia hácia aquella otra tierra, objeto de sus deseos. Al cabo de algunas horas de camino, por medio de su anteojo vio que lo que desde sus montañas no le habia parecido mas que un punto negruzco, un escollo en medio de las olas, iba ya ensanchándose y presentaba elevadas colinas matizadas de verde. ¡No se habia pues engañado, allí existia un lugar habitable, y habitable para dos! Habia servido de refugio al náufrago, á su amigo.... ¡ah! cuan tarde se le hacia el llegar á la ribera en donde iba á encontrarle!...

Trascurrieron todavia muchas horas de una navegacion lenta pero apacible. Habia llegado á una distancia casi igual del punto de partida y del de arribada: enlazándose una á otra bajo la proyeccion de sus miradas, la isla Selkirk, y la de San Ambrosio, iluminadas ambas por el sol, con sus formas indecisas, su base sumergida en las olas, y los picos de sus montañas cubiertos con una ligera niebla, le parecian el reflejo una de otra. Sin el descubrimiento que de antemano habia hecho de la segunda, hubiera podido creer que esta no era toda-



otros tantos fantasmas que van á asistir á sus últimos momentos. Macilento, encorvado, con el cabello erizado, y agarrándose á cualquier palo de su embarcación, procura en vano fijar su vagorosa mirada en ciertos objetos extraños que ve subir, bajar y dar vueltas en derredor suyo.

Eran troncos de árboles que formaban parte de su almadia, miembros separados del cuerpo, que arrastrados por el mismo remolino, ayudan con sus multiplicados choques á su completa destrucción.

A vista de la muerte inminente é implacable, Selkirk deja de luchar contra ella. Ya no tiene mas que un recurso que oponerla; el de la creencia en la otra vida. Ese instinto religioso que ya habia acudido en su auxilio durante su abandono, se despierta en él con fuerza. Asiéndose con pies y manos á aquellos maderos flotantes, próximos á desunirse y medio inundados por las olas, que invadían cada vez con mas furor su último asilo, se dirige hácia el sitio en donde estaban sus armas y sus pieles; toma la Biblia, no para leer, sino para colocarla sobre su corazón, cuyas agitaciones y espanto parecen calmarse con aquel contacto santo.

Entonces trata de ocuparse únicamente en Dios; se acusa de no haber sabido contentarse con los dones que habia recibido de él: podia haber vivido dichoso en Escocia ó en la marina del estado.... Ese deseo constante de variar, esas aspiraciones á todo lo que era desconocido, le han acarreado su ruina.

En aquel momento saliendo de su meditacion para dirigir una mirada al cielo, ve á la claridad de la luna elevarse á alguna distancia una masa de peñascos que reconoce al instante. He ahí la bahia de las Focas y el pico del Descubrimiento... Aquella especie de profundidad oscura por la sombra es el valle del Oasis.... Como en el primer día de su llegada, en una de las cimas mas escarpadas de la montaña ve parada una cabra inmovil, como en acecho y por entre cuyas delgadas piernas brilla un grupo de estrellas, ojos celestes cuyos párpados de oro parece que vibran para servirle de señal.... ¡Es su isla! ya no titubea; recobrando repentinamente toda su energia, se arroja de la almadia, lucha con vigor y tenacidad contra la corriente, triunfa de ella, y despues de prolongados esfuerzos, aborda por fin á aquel puerto de salvacion, chorreando, pero lleno de júbilo y de reconocimiento. Prostérnase, besa con efusion el suelo hospitalario de aquella isla que habia maldecido en la mañana del mismo día, y da gracias á Dios con todo su corazón.

¡Ay! una reflexion va á acibarar algun tanto la alegría de su regreso y de su salvacion. De ese naufragio, pobre marinero, tú solo te has salvado; tus herramientas, tus instrumentos para el trabajo, y hasta la Biblia han sido presa del mar!

Ahora, Selkirk, ahora es cuando vas á verte reducido á tí mismo. Esta es la última prueba que tienes que sufrir.

(Se continuará.)

## REVISTA DE PARIS.

Uno de los mas célebres escultores parisienses fué llamado hace un año á la casa de una joven que pertenece por su cuna á la alta aristocracia financiera, y se habia unido con los lazos del matrimonio al heredero de un nombre ilustre en los fastos militares del imperio.

Celebróse este himeneo bajo los mas venturosos auspicios. Mas ¡ay! qué la ventura conyugal desapareció muy en breve. La muerte vino á cortarla al poco tiempo, arrebatando prematuramente al joven esposo.

Era la viuda la que acababa de llamar al escultor. Este, despues de atravesar algunas habitaciones silenciosas y sombrías, fué introducido en un cuarto y á la presencia de una mujer joven y hermosa, vestida de riguroso luto y en cuyo semblante se veia impresa la huella del dolor y del llanto.

—Sin duda tendreis noticia, dijo ella con esfuerzo y con voz entrecortada por los sollozos, de la horrible desgracia que acaba de sucederme.

El artista se inclinó respetuosamente, como manifestando la parte que tomaba en aquel justo dolor.

—Pues bien, continuó la viuda; quiero elevar un monumento fúnebre á la memoria del adorado esposo que acabo de perder. Os he llamado porque me son conocidos vuestro talento y vuestra grande reputacion artistica.

El escultor repitió su inclinacion respetuosa.

—Quiero que este monumento sea suntuoso, digno del hombre á quien lloro, proporcionado al dolor eterno que me consume. Me es indiferente su coste, por grande que sea. Soy rica y, si necesario fuese, consagraria toda mi fortuna á la memoria de un esposo adorado. Quiero que construyais un templo descansando sobre columnas de mármol, y colocar en medio su estatua asentada en un soberbio pedestal.

—Haré cuanto pueda, señora, por corresponder á vuestros deseos, respondió el artista. Pero yo no tenia el honor de conocer al difunto, y necesito ver algun retrato suyo, que vos conservareis sin duda.

La viuda alzó su brazo derecho y le señaló con semblante desolado un magnifico retrato pintado por Amaury-Duval, pendiente de una de las paredes de su cuarto.

—¡Admirable pintura! dijo el artista. La firma del

autor me dispensa de preguntaros si es exacto el parecido.

—¡Es toda su fisonomia!... ¡Es él mismo! No le falta sino la vida.... ¡Qué no pudiese yo volvérsela á costa de la sangre de mis venas!

—Me llevaré este retrato, señora, y os prometo reproducirlo exactamente en el mármol.

Al oír estas palabras, la viuda saltó de su asiento, y arrojándose al retrato con los brazos abiertos, como en ademán de defenderlo, exclamó:

—¡Llevarse este retrato! ¡Arrancarme mi único consuelo, mi única felicidad! ¡Oh! ¡jamás, jamás!

—Yo os prometo, señora, que será muy corto el tiempo que esteis privada de él.

—¡Ni una hora, ni un minuto! ¡Cómo pudiera yo vivir sin esta imagen querida, cuando la he hecho colocar aqui, en mi cuarto, para que no me abandone noche ni día, para que mis ojos le contemplen sin cesar á traves de mi llanto! Este retrato no saldrá de aqui por un instante, y yo pasaré contemplándolo el resto de mi triste y dolorosa existencia.

—Entonces, señora, me permitireis que aqui mismo saque de él una copia. Esto no os molestará demasiado. En una sesion quedará todo concluido.

La viuda aceptó esta proposicion y exigió al artista que volviese al día siguiente para comenzar su trabajo. Tanto era su afan por ver terminado el mausoleo. Pero el estatuario le manifestó que á la sazón tenia otra obra pendiente y le era imposible emprender aquella.

La viuda trató entonces de vencer este inconveniente á fuerza de dinero; pero no pudo conseguirlo.

—Me es imposible, señora, absolutamente imposible, respondió el artista: he empeñado mi palabra y estoy en el deber de cumplirla; pero tranquilizaos, os lo ruego: el monumento quedará terminado en el mismo tiempo que tardaria otro escultor, poniéndose á trabajar en él desde ahora.

—Ya veis mi dolor, replicó la viuda. Por él debeis juzgar de mi impaciencia. Apresuraos, pues, á comenzar esta obra. Y sobre todo, emplead en ella todo el lujo y la magnificencia posible. Nada me importa el gasto: lo que deseo es que se haga una obra maestra.

En los primeros días que siguieron á esta entrevista, recibió el escultor repetidas cartas recordándole este encargo.

Al cabo de tres meses se presentó un día en la casa de la viuda, á quien encontró, como al principio, vestida de negro, pero un poco menos pálida, y arreglado su traje de luto con una graciosa y elegante coqueteria.

—Señora, le dijo el escultor, vengo á ponerme á vuestras órdenes.

—Mucho me alegro, respondió la viuda con graciosa sonrisa.

—He hecho el modelo del monumento y de la estatua; ahora necesito una sesion para el parecido de ésta. ¿Tendreis la bondad de llevarme á vuestro cuarto?

—¿A mi cuarto? ¿Y para qué?

—Para ver el retrato, señora.

—Pues pasad al salon, que es donde lo encontrareis ahora.

—¡Ah!....

—Sí: me ha parecido que está mejor en el salon que en mi cuarto. Allí tiene mejor luz.

—Muy bien, señora. ¿Y quereis ver el modelo del monumento?

—Con mucho gusto. —¡Jesus! ¡qué cosa tan grande! ¡qué lujo de adornos! ¡Si eso es un palacio mas bien que un sepulcro!

—Señora, me dijisteis que nada escasease en magnificencia y en lujo... Por eso lo he hecho de este modo. Y á propósito, aqui teneis la nota de lo que costará el monumento.

—¡Dios mio! exclamó la viuda, despues de mirar el total. ¡Esto es horriblemente caro!

—Me dijisteis, señora, que no reparase en gastos....

—Es verdad que lo dije, y no pienso contradecirme. Pero á mí me gusta hacer las cosas en regla; y no hacer desatinos.

—Señora, todo esto no es hasta ahora mas que un proyecto. Podemos reducirlo cuanto gustéis.

—Decidme, pues. Si suprimiéramos el templo, las columnas, toda la arquitectura, y nos contentásemos con la estatua, ¿no os parece que quedaria muy bien?

—Sin duda.

—Pues bien; nos contentaremos con la estatua.

Poco tiempo despues, el artista cayó gravemente enfermo. Suspendió sus trabajos durante mas de seis meses, y á la vuelta de un viaje por Italia que los facultativos le habian ordenado, se presentó de nuevo en casa de la viuda, que llevaba ya diez meses de viudez.

Entonces encontró algunas rosas entre los cipreses, algunos risueños colores que resaltaban sobre el fondo oscuro de su traje.

El artista traia consigo un bosquejo de su estatua modelada en yeso, que aunque en pequeño, daba una idea de lo que debia ser la obra despues de acabada.

—¿Cómo encontráis el parecido, señora? preguntó el escultor á la viuda.

Me parece que le habeis favorecido demasiado. Mi marido era sin duda un hombre de buena presencia; pero habeis bosquejado un Apolo.

—¿Así os parece, señora?... Pues es cosa muy fácil de remediar. Voy á rectificar la obra con el retrato á la vista.

—No os tomeis esa molestia: un poco mas ó menos parecido ¿qué importa eso?

—De ningún modo, señora. En mis obras prescindiría de todo antes que de la exactitud.

—Si os empeñais decididamente....

—Me empeño. Voy, pues, al salon con vuestro permiso, para ver el retrato de vuestro esposo.

—No está ya en el salon, dijo con viveza la viuda, tirando del cordón de la campanilla.

—Antonio, dijo al criado que acababa de entrar, bajad el retrato del señor.

—¿El que la señora me mandó subir á la boardilla la semana pasada?

—Sí.

Durante este diálogo, se abrió la puerta, y un joven muy elegante se presentó con aire de suma confianza, besó la mano á la viuda, y se informó de su salud con tierno y cariñoso interés.

—¡Hola! ¿A quién representa ese figuron de yeso? dijo señalando con el dedo la estatua que el escultor habia dejado sobre la chimenea.

—Es el modelo de la estatua para el sepulcro de mi marido.

—¡Diantre! ¿Le levantaiis una estatua? ¡Qué cosa tan magnífica y tan sublime!

—¿Qué! ¿Os parece?...

—Señora, las estatuas de cuerpo entero se han hecho para inmortalizar á los grandes hombres, y me parece que el difunto era una persona bastante comun.

—Y es verdad, dijo friamente la viuda: quiza seria bastante el busto.

—Como gustéis, señora, dijo el artista.

—Pues bien; el busto, nada mas que el busto: quedo convenido.

Dos meses despues, el escultor, trayendo á casa de la viuda el busto consabido, se cruzó en la escalera con una alegre y bulliciosa comitiva. La viuda, dando la mano al joven elegante que habia hecho suprimir la estatua del difunto, se dirigia á la Mairie, donde iba á prestar un segundo juramento de fidelidad conyugal.

Si el busto no hubiera estado acabado, tambien se hubiera suprimido de muy buena gana. Cuando dos meses despues reclamó el artista el precio de su trabajo, hubo sobre ello disputa, y fué necesaria la amenaza de un juicio, para que la viuda, ya consolada y vuelta á casa, se resignase á costear el homenaje fúnebre, tan considerablemente disminuido, que habia querido consagrar á la memoria de su esposo.

Hemos tomado casi literalmente la anecdota que antecede de un excelente periódico francés, que la publica con el titulo de Revista parisiense, y con el segundo epigrafe de *Una viuda inconsolable*. Ahora que por desgracia la viudez está tan de moda entre nosotros, ahora que los rigores del invierno están desunidos con la muerte algunos matrimonios felices, hemos creído que no seria estéril ni infructuoso el ejemplo de la viuda de Paris. Acaso pueda contribuir á enjugar el llanto de alguna consorte desolada, y á reanimar las esperanzas del que aspire á devolverle el envidiable y precioso titulo de esposa.

J. M. ANTEQUERA.

## REIR POR NO LLORAR.

A MI AMIGO DON S. O.

Era un hermoso día del otoño del año de gracia de 184.... Claro y límpido cielo, refulgente el sol, pura y serena la atmósfera, todo respiraba vida y animación: todo traía á la mente ideas consoladoras como las creencias de la edad primera. Los pintados pajarillos piaban y revolvaban alegremente, las hojas de los árboles caían una á una al leve impulso del viento, las flores esparcían sus gratos perfumes, y sus mágicos variados colores suspendían el ánimo, embargaban la imaginación. Las tres de la tarde acababan de sonar. El Prado de Madrid, se hallaba lleno de hermosas y elegantes damas, de galantes y gentiles caballeros, que disfrutaban con delicia aquel apacible día que solo ofrece el otoño madrileño.

Paseábame solo y alejado de la concurrencia. Miraba indiferente el grato aspecto de la naturaleza, contemplaba el animado bullicio del paseo de Paris, los lujosos trenes, magníficas libreas, y soberbios caballos del paseo de los coches, y todo me producía hastío, todo traía á mi cabeza ideas desagradables y enojosas. Por mas que procuraba dominar mi tristeza, esta se aparecía á mis ojos con formas mas siniestras y amenazadoras: á cada paso repetían mis labios aquellos versos de Zorrilla.

El cielo nos dió pasiones,  
nos dió luz, vida y calor,  
pobló el alma de ilusiones,  
mas negó á los corazones  
el consuelo en el dolor.

Tanta luz, tantos colores,  
tantas galas y primores;  
son mentira y oropel,  
que el mundo alfombra con flores  
los pantanos que hay en él.

¿Por qué ha de haber días en que el dolor se apodera del alma? En que si pensais en una mujer, solo recordais sus defectos; en que si pensais en la amistad se os presenta la traición; en que mirais la superficie de un río, y solo veis el légamo y el fango que arrojan sus



orillas; en que sentís las espigas de la rosa y no teneis aliento para contemplar sus bellezas. Días funestos en que el incrédulo pone fin á su existencia renegando de sí mismo y de todo lo creado; días en que el feliz mortal que conserva en su corazón la fé y la religion consagra un pensamiento á Dios, y dice en su fervoroso entusiasmo: Señor, yo te reconozco, esta tristeza que me consume, estos vagos inestinguibles deseos que siento mi espíritu, no son otra cosa que las aspiraciones de mi alma hacia otra region mas elevada donde un dia sin noche, un tiempo sin limites, una dicha sin recuerdos del pasado ni temores del porvenir, sea el premio de tus escogidos.

Ensimismado estaba en estas meditaciones, cuando sentí sobre mi hombro una suave palmada que me hizo volver la cabeza, de bastante mala gana, pues temi encontrarme con uno de esos importunos que tanto abundan por desgracia. Felizmente me equivoqué; era mi amigo Carlos Moncada que me dijo con tono cariñoso: —¿A que acierto en que estaba pensando el señor aprendiz de novelista? Ahora te figurarias hallarte trasladado al siglo XVII, y verias en tu derredor los galanes de capa y espada, y las encubiertas damas del caballeresco Calderon; y tal vez en aquel venerable anciano que allí va, creerias reconocer al fénix de los ingenios, al monstruo de la naturaleza, al inmortal Lope de Vega: mas allá apareceria á tu vista el sarcástico y mordaz Quevedo, el infortunado Villamediana, el festivo Velez de Guevara, y por último, el augusto ingenio de esta corte, siguiendo alguna tapada beldad, y dejando marchitarse poco á poco los gloriosos laureles de la antigua señora de dos mundos.

—Pues amigo, le contesté, te has equivocado de medio á medio; se hallaba muy distante mi imaginación de la corte de Felipe IV. Estoy sumamente triste y no tengo humor por ahora de adornarme con ilusiones y recuerdos de pasados tiempos.

—¿Y se puede saber la causa de tu tristeza?

—Te vas á reír de mí, pero no importa, voy á hablarle francamente. Yo desearia encontrar una muger á quien dedicar toda mi existencia, á quien adorar con todo el fuego de mi corazón y de quien fuera correspondido con igual ternura; yo desearia unir á mi nombre una aureola de gloria; yo desearia, no te ofendan mis palabras, tener un amigo en quien depositar mi confianza y al cual pudiera manifestar hasta los mas recónditos secretos de mi corazón; yo desearia vivir en una sociedad menos matemática, menos metalizada que la sociedad del siglo XIX; yo desearia.... ¿qué se yo? Muchas veces ignoro cuales son mis deseos; hoy es uno de esos días en que nada deseo, nada apetezco, y sin embargo, las ideas se me presentan lúgubres y oscuras, como una noche sin luna y sin estrellas: como una tumba sin inscripción. La naturaleza me parece fria y monótona; el mundo un conjunto de seres estúpidos é inmorales, satélites del vicio, que queman hipócritamente incienso á la virtud, porque no tienen valor para combatir de frente, manantial fecundo de frivolidad y errores, de preocupación y necio orgullo; y en verdad, amigo mio, que aun en horas mas alegres, y en que me domina menos el spleen, como diria un elegante, tengo acerca del mundo y de la sociedad ideas muy semejantes á las que dejo espresadas. Feliz tú, que siempre estás contento, que siempre tienes un cliste en tu lengua, una sonrisa en tus labios....

—Y una lágrima en mi corazón. Tú, como otros muchos, te dejas llevar de las apariencias y no conoces que hay risas que ocultan el llanto mejor que la careta el rostro humano en las noches de carnaval. Crees tú que no me exasperan muchas cosas de las que pasan á mi alrededor, y te engañas á fé mia. ¿Mas qué quieres? Es preciso transigir con la sociedad, es preciso respetar sus fórmulas.

El otro dia tuve el disgusto de asistir á los últimos instantes de un distinguido jurisconsulto, tan notable por su relevante talento, como por su honradez proverbial. Sin embargo, este caballero ha muerto pobre, muy pobre, dejando á su familia espuesta á todas las desdichas de la falta de bienes, tal vez á la indigencia. ¡Ah! ¡con qué amargura contemplaba yo á sus dos hijas, jóvenes la una de 15 á 16 años, y la otra de 10 á 12, cuyos inciertos destinos pueden ser tan tristes, pueden causar tantas horas de dolor! ¡Bellas y blancas azucenas, cuya pureza tal vez manche algun vil insecto, cuyo tallo tal vez tronche el rudo soplo del aquilon! Sonó en un reloj las cinco de la tarde, recordé que estaba convidado á comer en casa del rico propietario don Tomás X\*\*\*, dejé aquella desgraciada familia, y algun tiempo despues subí la dorada escalinata de la magnífica mansion del Creso madrileño. Iba asistir á una especie de convite de confianza, pues á él solo estaban invitadas las personas de mayor amistad del don Tomás; no soy de este número, pero circunstancias que no son del caso referir, hacían que se hubiese contado conmigo. Cuando llegué ya estaban todos los convidados sentados á la mesa, saludé, me disculpé de mi tardanza y me senté en el sitio que me estaba destinado. No podia dominar mi tristeza. Miraba á don Tomás X\*\*\*, cuya colosal fortuna ha sido labrada por esos viles medios que ha sancionado la civilización moderna, por esos medios que son un robo, pero un robo legal, y le veia rodeado de aduladores que estudiaban hasta sus sonrisas y alababan sus menores movimientos; y este cuidado y esta animación, traían á mi memoria el abandono y desconsuelo de una pobre familia digna de mejor suerte. ¡Ah! la familia del señor X\*\*\* seria feliz y viviria siempre rodeada de comodidades. La honradez habia dejado por herencia la miseria; el vicio y la inmoralidad dejarían la riqueza, la opu-

lencia. Mi taciturnidad llamó la atención general.

—¿Qué tiene vd. que está sin desplegar los labios? me dijo uno de los convidados.

Conoci que hacia un papel muy singular si permanecía tan absorto, y así que contesté fingiendo una sonrisa:

—Estaba pensando en el becerro de oro.

—¿Y qué se le ocurría á vd. sobre tan peregrina materia? me preguntó el dueño de la casa.

—Que en este siglo del vapor y de los caminos de hierro el culto del tal animalito está en todo su auge y llega á tanto el fanatismo de algunos que consienten en convertirse en becerros con tal de cubrirse de oro.

Habia entre los concurrentes un marido á quien la crónica escandalosa citaba como un ejemplo de la teoría que acababa de indicar, todos creyeron ver en mis palabras una alusión personal, todos soltaron la carcajada, hasta el mismo paciente marido exclamó con tono bondadoso:

—¡Cosas de Moncada! Este muchacho tiene el don de hacer reír á todo el mundo.

Lanzado ya en el terreno de la broma y de la sátira hablé, hablé mucho, queria enloquecerme, engañarme á mí propio; cuando concluyó la comida todos aplaudían mi buen humor, todos decían con aire ragocijado:

—¡Qué genio tan alegre el de Moncada! Siempre tiene una risa en los labios y esta risa es contagiosa.

Sin embargo, cuando llegué á mi casa, yo el hombre festivo, decididor y alegre, caí abatido en un sillón, rodó una lágrima por mi mejilla, y maldije con ahínco á la sociedad y al mundo entero.

—¡Ah! es un contrasentido horrible, dije conmovido, que tú pases por zumbón y festivo teniendo un corazón tan sensible, tan noble.

—No lo creas, yo busco siempre en mis palabras un medio de dar desahogo á mis sentimientos. Me acerco á una niña de 15 años tan pura como las auras matinales, tan bella como la ilusión del poeta, y la veo rodeada de esa turba de imbeciles imitadores de Tenorio y de Marana, de buen grado la diria cuanto hay de falso y de necio en las palabras de los noveles seductores, pero entonces rompería las candidas creencias de su niñez, el velo de felicidad que forma sus delicias; además la sociedad no consentiría esta infracción de sus leyes: recuerdo entonces mi fama de chistoso y digo con aire risueño:

—Señorita, todas las flores tienen espigas, y á vd. ni aun esto le falta para serlo, pues está vd. cercada de ellas.

Reparan entonces en la delgadez de algunos de los que rodean á la bella niña, y todos se echan á reír diciendo:

—¡Cosas de Moncada!

—Voy al café, y oigo hablar de patriotismo al hombre que se ha vendido á veinte ministerios, y solo piensa en el acrecentamiento de los sueldos que recibe del estado; mas allá levanta el grito criticando todas las producciones modernas, y lamentando el abandono de las letras españolas el novel literato, que no acierta á escribir un pliego sin traducir ó plagiar á los ingenios de allende el Pirineo; en otro lado enaltece su esclarecida estirpe aquel cuyos parientes tienen el mismo oficio que los del Gran Tacano. ¡Cuántas palabras se ocurren á mi lengua! Y sin embargo, al ver á todos contentos, á todos engañados y engañadores, dejo á un lado consideraciones filosóficas, y me río con tanta gana que llego á convencerme de que hay motivo para ello.

—Tienes razón, Carlos, en todo lo que dices, pero qué quieres, yo tengo la desgracia de soñar despierto, y los sueños hacen daño.

—Pues amigo, para esto solo hay un remedio, tomar todas las cosas por su parte ridicula, y si quieres remontarte mas, pensar, como diria un teólogo, en la brevedad de la vida, la magestad de la muerte, y la inmortalidad del alma,

Las primeras tintas de la noche comenzaban á teñir el horizonte. Dejé á mi amigo, entré en mi casa, me encerré en mi gabinete, cogí pluma y papel, y escribí lo que el lector acaba de ver. Cuando concluí, dije para mí con acento de profunda convicción.

Verdaderamente el modo de engañarse á sí mismo, y de engañar á los demás, es reír por no llorar.

FERRIZ VILLEDA.

Segovia, octubre de 1850.

#### UTILIDAD DE LOS GRABADOS Y LA ESTAMPA.

Entre los buenos efectos que puede producir el uso de las estampas, daremos cuenta de seis que harán juzgar fácilmente de los demás.

En primer lugar, divertir por la imitación representándonos por medio de la pintura las cosas visibles.

En segundo lugar, nos instruye de una manera mas pronta que por medio de la palabra. Las cosas, dice Horacio, que entran por los oídos, emprenden un camino mas largo, y conmueven mucho menos que las que entran por los ojos, los cuales son testigos mas seguros y mas fieles.

En tercer lugar, abrevia el tiempo que podria emplearse en volver á leer las cosas que se han escapado de la memoria.

En cuarto lugar, nos representan las cosas ausentes como si estuviesen delante de nuestros ojos, y que jamás podríamos ver sino por medio de viajes penosos y grandes gastos.

En quinto lugar, nos da los medios de comparar muchas cosas juntas fácilmente por el poco espacio que ocupan las estampas, por su gran número y por su diversidad.

En sexto lugar, forma el gusto de las cosas, y da al menos una tintura de las bellas artes, lo que no debe ignorar ninguna persona medianamente instruida.

Cualquiera puede en todo tiempo y en toda edad sacar utilidad de la vista de las estampas; pero si el uso de estas es útil á la juventud, entretiene agradablemente á la ancianidad. Es un tiempo propio para el reposo y para las reflexiones, y en el cual, no estando ya dissipados por los divertimientos de las primeras edades, podemos con mas descanso gustar los atractivos que son capaces de darnos los grabados, ora nos enseñen cosas nuevas, ora nos recuerden las ideas que nos eran ya conocidas, ó bien que teniendo gusto por las artes juzguemos las diferentes producciones que los pintores y grabadores nos han dejado, ó bien, que no teniendo este conocimiento nos lisongeemos con la esperanza de adquirirle. Nosotros encontramos países, ciudades y lugares considerables, que hemos leído en las historias, ó que hemos visto en nuestros viajes. De suerte que la gran variedad y el gran número de objetos raros que hallamos pueden servirnos de viaje, y de un viaje cómodo y curioso para aquellos que no lo han hecho nunca, ó que no se encuentran en el caso de poderlo hacer.

En su consecuencia, consta por todo lo que acabamos de decir, que la vista de los buenos grabados, que instruye á la juventud, que recuerda y afirma los conocimientos de aquellos que están en una edad mas madura, y que entretiene tan agradablemente á la vejez, debe ser útil para todo el mundo.

No creemos de nuestro deber entrar en mas detalles acerca de todo lo que puede hacer recomendable el uso de los grabados, pues lo poco que se ha dicho es suficiente para inducir al lector á sacar consecuencias conforme á sus necesidades.

#### DE LA POESIA EN GENERAL.

No es tan fácil como á primera vista se cree establecer una definición clara y exacta de la poesia; en primer lugar, si la buscamos en el sentido de la palabra griega de que se cree derivada, no lograremos una solución satisfactoria. *Poesis*, de donde procede *poesis*, significa crear, componer, fabricar, construir, hacer; pero el pintor, el escultor, son tambien creadores y compositores, y por lo tanto, no se podria dar este título únicamente á los poetas: por otra parte, estos diferentes artistas no crean nada, propiamente hablando; la creación no pertenece mas que á la naturaleza; las artes no hacen mas que imitar un modelo divino: la pintura con líneas, colores, luz y sombras, la escultura con una materia bruta, á la cual el cincel convierte en la imagen del hombre, así como el Prometeo de la fábula le formó en otro tiempo de un pedazo de tierra húmeda á la imagen de los dioses, moderadores supremos del universo. Los poetas por su parte, imitan á la naturaleza con un lenguaje escrito ó hablado; es verdad que el orador y el historiador, no tienen otro objeto ni otros medios; pero los unos y los otros se diferencian entre sí.

Platon, que nació mas bien para ser gran poeta que gran filósofo, supone haber hallado la esencia de la poesia en el entusiasmo; ¿pero qué arte liberal carece de este furor divino y pasajero que produce tantas maravillas? Las imágenes, las figuras, las metáforas en las cuales se ha querido reconocer el carácter esclusivo de la poesia, constituyen el adorno y no el lenguaje de los dioses; y además, la prosa reclama la comunidad de estos ornamentos, de los cuales saca la elocuencia una gran parte de su poder. Las ficciones no constituyen la poesia, pues las novelas, casi todas escritas en prosa; viven de estas mismas ficciones, al paso que la poesia las rechaza ó no las admite mas que cuando se apodera de los acontecimientos contemporáneos, que todo el mundo puede comparar con los productos de la imaginación. Tambien es preciso advertir que muchos de los asuntos adoptados por la poesia no son fingidos, pues no le es indispensable la ficción, á menos que no adoptemos aquí el sentido de la palabra latina *fingere* que quiere decir formar, representar, y tambien imaginar é inventar. Si se entiende por ficciones las fábulas de una mitología, ó el empleo de seres sobrenaturales tomados de una religion cualquiera, la definición que se sacaria de esta interpretación no seria exacta tampoco, puesto que la comedia, la sátira con frecuencia desprovista y casi siempre enemiga de la ficción, se verian escluidas del dominio de la poesia: en fin, un talento juicioso no confundirá jamás la versificación con la poesia. El verso tiene una forma exterior y particular de la poesia; es un atavío que puede añadir quilates á su belleza, pero que no la constituye. Con efecto la prosa sin el auxilio de la medida y de la cadencia, rivaliza por los sentimientos, las imágenes, el calor y la armonía, con lo que la poesia tiene de mas elevado y mas encantador; y precisamente entre los antiguos no es fácil establecer un limite entre la poesia y la prosa. Platon, Herodoto, Tácito, Tito Livio, todos estos son poetas; el último de estos escritores sobrepuja muchas veces á Virgilio cuando se comparan sus pinturas acerca de un mismo asunto. Entre los modernos el *Quijote* de Cervantes, el *Telemaco* de Fenelon; y mas todavía los *Mártires* de Chateaubriand, lucharian algunas veces y ventajosamente



contra la poesia mas sublime en language medido.

Todos estas reflexiones necesarias, nos conducen á decir que la poesia es la imitacion de la naturaleza fisica ó de la naturaleza moral, frecuentemente ayudada del discurso medido. Sin embargo, al determinarnos á caracterizar la poesia de esta manera, no podemos menos de recordar la excelente leccion de la Romiguere, sobre la dificultad, sobre la imposibilidad de una definicion exacta y precisa de la poesia. Antes de pasar á tratar de su origen, debemos decir lo que debe entenderse por *creacion*, *invencion*, que espresan con especialidad las obligaciones impuestas al poeta, y generalmente á todos los artistas.

El orador y el historiador reciben su asunto cumplido y formado; encadenados á él, y obligados á seguir paso á paso el orden de los acontecimientos, salvo algunas hábiles trasposiciones, algunos felices artificios para reanudar la trama un momento interrumpida, no pueden crear en su trabajo mas que los movimientos, las formas, las reflexiones y el estilo; al contrario, el poeta inventa ó escoge su asunto, y saca de él una idea original, traza un plan donde esta idea domina como soberana; hace que nazca una accion, la fecundiza con detalles que saca, ora de la verdad, ora de su imaginacion; pinta caracteres y no cesa de crear imitando. La epopeya, la tragedia, la comedia, el cuento y la fábula, que se parecen entre sí; la oda, que abraza una vida heroica, y que siempre debe ser un drama corto, rápido y completo, la elegia, sujeta á las mismas leyes, ofrecen una prueba de lo que decimos. Se puede objetar con razon que la poesia didáctica, la poesia descriptiva, la poesia filosofica, parecen exceptuarse de la regla general, ó al menos no suponen todas las condiciones que exigen los demas géneros de poesia; mas esta objecion no carece de respuesta. Hasta el poema didáctico necesita una idea madre, é invencion en el orden y en la forma; cuando faltan estos dos elementos, no hay mas remedio que acusar la esterilidad del génio de los escritores; el secreto de dar un gran precio al poema didáctico consiste en prestarle, cuanto posible sea, con el interés del drama. En la poesia descriptiva el poeta ingenioso inventa tambien, pues escoge, reúne, establece opo-

tales, los árboles, las flores; nada hay muerto mas que aquello que ha sufrido ó va á sufrir la descomposicion para dar sus elementos á otros cuerpos que aguardan el instante de salir de la nada para venir á ocupar su puesto en el mundo; pero por una fatalidad bastante estrana, todos los poemas descriptivos conocidos atestiguan la ausen-

articular una palabra. Las aves; he aqui los primeros maestros que enseñaron la música al hombre; su vocacion interior, si nos es permitido hablar de esta manera, junta á aquella inclinacion por la imitacion inherente á su existencia, le escitaron á producir sonidos medidos, y no cabe duda que despues se sintió obli-

gado á aplicar al canto palabras que observaban la cadencia. Tradiciones constantes y unánimes confirman el hecho acerca de la rapidéz de este progreso, pues todos los pueblos, hasta los mas salvajes, dice Marmontel, cantan y bailan con medida y sobre movimientos uniformes. Pero la medida y la cadencia no constituyen mas que una parte de la poesia; los otros elementos que la componen, las figuras, las metáforas, las diferentes imágenes, los movimientos apasionados, son otros tantos atributos hijos de la imaginacion y que constituyen el caracter de la verdadera poesia.

Toda ciencia humana, dice un escritor, parece haber sido depositada en el tesoro de las Musas, donde cada nacion ha sacado á su vez su primera instruccion positiva. Este momento señala una segunda edad de la civilizacion naciente; entonces los oráculos, los sacerdotes, los legisladores, los gobernadores de tribus, hablaban en verso, cuya enérgica precision se alejaba mucho de la osadía y del giro figurado de la poesia primitiva: tambien enton-

ces los primeros elementos de la existencia de los pueblos grabados en sus corazones, con la ayuda del language medido, formaron para los persas, los árabes, y para todas las naciones del Este, asi como para los griegos, los romanos, los escitas, los godos, los celtas, los galos, etc, el principio de la historia nacional. Michaelis, repite esta verdad, despues de otros muchos escritores, y observa que la poesia métrica, está menos sujeta á corromperse que la prosa; tal narracion, tal tradicion consagrada por el language vulgar, sufrirán modificaciones tan numerosas, que llegarán á ser casi enteramente desconocidas, pero podrán permanecer intactas y completas durante muchos siglos con el auxilio de los versos, y á pesar de los cambios que se verifican en un idioma que se ha despertado. El metro, con su precision, con su cadencia, conserva fielmente las cosas que



La fuerza.

Prometeo.

Vulcano.

La violencia.

cia de una creacion y la ausencia de la invencion: ninguno de ellos ofrece el mérito de un plan hábilmente concebido, cuyos limites sean precisos é inviolables.

El instinto, la facultad, el gusto por la música son



La poesia.



NARAT

Virgilio.



Homero.

siciones, presentando seres animados ó recuerdos de la vida en medio de las descripciones de la naturaleza. Si se limitara á copiar y á pintar fielmente, no seria poeta y haria una obra sin carácter y sin animacion... una obra muerta en fin, y nos servimos de esta espresion, porque todo vive en derredor de nosotros, las piedras, los me-

presentes que la naturaleza ha concedido al hombre; pero este instinto, esta facultad, este gusto, dormian en el hombre como sus demas atributos, y es de suponer que se despertaron por aquella multitud de cantores aéreos que ha sembrado la creacion por todas partes, y que encantaron al hombre con sus conciertos antes que supiese

indica, y estos cantos populares, no mueren, porque todas las edades los repiten las unas despues de las otras sin la mas leve alteracion.

La poesia es tan antigua como el mundo. En vano Marmontel, en un artículo correspondiente á su *Curso de literatura*, artículo notable por las juiciosas obser-





Dante.

vaciones que contiene, se esfuerza en probar que la poesía ha debido nacer en Grecia; todos los esfuerzos de su imaginación no traspasan los límites de una brillante hipótesis desmentida con testimonios irrecusables. La poesía que nació con el hombre ha sido siempre cosmopolita; nosotros la encontramos en todas las naciones de Oriente, que la cultivaron desde los tiempos mas remotos; y siguiendo la relación de los viajeros mas acreditados, esta poesía primitiva con su audacia y sus hipérboles existía hasta entre los pueblos salvajes de América; y aquellos pueblos que aun conservan hoy este estado de salvagidad, á pesar de lo cerca que se hallan á otros pueblos ya civilizados, son poetas á la manera de los otros hombres primitivos. Podemos convencernos de esta verdad leyendo, con motivo del tratado concluido por las Cinco naciones del Canadá con la Inglaterra, el discurso de uno de los gefes de estas cuatro naciones que no habla mas que por medio de imágenes y de hipérboles. En Asia, en África, en Europa como en América, los primeros poetas han sido los cantores del heroísmo, los preceptores de la moral, los historiadores del presente y del pasado, y hasta los profetas.

Todo lo que sabemos con respecto al origen de la civilización en el mundo atestigua tambien que la poesía ha precedido siempre á la prosa. Cerca de ochocientos años despues de Orieo y cuatro siglos despues de Homero apareció en Grecia la prosa por primera vez, en pequeñas composiciones llamadas fábulas, cuya invención como género particular de literatura se atribuyó, por unos al indiano Bidpai, por otros á Lokman, y algunos han creído era el mismo Esopo, esclavo frigio. En contra de esta opinion se presenta Plinio, quien sostiene que Ferecides es el creador de la prosa, y Cadmo de Mileto el creador de la historia; Estrabon por el contrario, concede la supremacia á Cadmo; pero de cual-

quier modo que sea, estos dos autores, que no hicieron mas que romper la medida del verso, escribieron ambos una historia, y tuvieron por sucesores á Dionisio de Mileto, á Acusilao de Argos, á Dionisio de Caluis, á Hecateo de Mileto, á Xanto, historiador de Lidia su patria, á Hippias de Regio, y á Helánico de Mileto, y segun ciertos escritores, Ferecides en lugar de poder pretender la supremacia, no hizo otra cosa que cerrar la serie de aquellos primeros historiadores.

Del canto nacieron los versos; la poesía lirica ó la poesía cantada, fué primero inventada y en todas partes se la reconocen iguales caracteres. Los tipos esenciales de lo que llamamos comunmente poesía oriental, pertenecen á las mas antiguas composiciones de todos los paises. No es la diferencia del clima, su aspereza, su dulzura, el aspecto salvaje ó risueño de los lugares, el alejamiento ó proximidad del sol, la pobreza, la avaricia del terreno ó su pródiga fecundidad, lo que contribuye á modificar la poesía y á imprimir en ella un carácter exclusivo; pero en literatura, asi como en



Goethe.

costar muy caro á las dos; esta desgracia les ha quitado, con una parte de los encantos unidos á la armonía de sus relaciones y de sus diferencias, casi toda su importancia y su utilidad. Ya no son, como fueron en Oriente, entre los hebreos, los egipcios, y en otras partes, los intérpretes del cielo y de la tierra, las instructoras y guardadoras del gobierno; ya no se encuentran en ellas dos musas inseparables, encargadas de sustentar todos los sentimientos generosos y el manantial de las acciones heroicas; sin embargo, el efecto mágico y prodigioso de nuestros himnos patrióticos, cantados en los teatros ó al aire libre, y repetidos por todo un pueblo, dará á los modernos una idea del poder de la poesía y de la música unidas, y celebrando de concierto las cosas mas grandes del universo.

Durante la infancia de la poesía todas sus distintas especies se encontraban confundidas en la misma creación. Se reconocia alli primero el tipo del himno ó de la oda, es decir, de un canto consagrado á los dioses, á los héroes, á la patria ó á el amor. Los lamentos sobre la muerte de los parientes, de los amigos, de cualquiera otra persona querida constituyeron la elegía. Las composiciones de los primeros poetas cantores, admitian las relaciones mas ó menos largas de las hazañas de los héroes de su nación ó de sus antepasados: he aqui el principio del poema épico.

Estas relaciones han traído necesariamente diálogos entre los personajes representados por el poeta, y de aqui solo faltaba dar un paso para llegar á los ensayos de la tragedia, que debió nacer antes que la comedia, porque se necesita una civilización bastante avanzada para que el hombre encierre en una fábula, á veces grosera, el cuadro de los vicios y de los defectos de nuestros semejantes. No nos detendremos mas para hablar acerca del origen, nomenclatura y definición de los diversos géneros de poesía, ni tampoco emprendemos la tarea de trazar aqui el estado sucesivo de la poesía entre los diferentes pueblos del globo, cuyo trabajo aplazamos para otra ocasión, y para que forme la segunda parte del artículo que terminamos ahora.

B.\*\*\*



Ariosto.

política, se han esforzado muchos en establecer como una verdad absoluta, la hipótesis de la influencia soberana del clima. La risueña Italia, la brumosa y triste Inglaterra, han tenido ambas dos poetas de una imaginación exaltada, sombría y terrible.

Dante debió su genio á las desgracias del destierro, á profundos resentimientos; á los éxtasis y á los tormentos de una pasión amorosa, á los estragos de la guerra civil, al amor de su patria, á las calamidades de la Italia, al choque tumultuoso de los vicios y de los crímenes que fermentaban en el seno de aquella hermosa y desgraciada comarca, á la dominación de las ideas religiosas, y á un siglo asustado con la creencia del fin próximo del mundo. La revolución inglesa, las discordias intestinas, un furor de libertad, los puritanos y los caballeros, Carlos I y Cromwell, el entusiasmo religioso y político, sobreviviendo á la ruina de todas las esperanzas en el fondo de una alma fuerte, el recuerdo de las delicias de la unión conyugal, la Biblia y Homero, sublime consuelo de un genio que se quejaba con ellas en las altas regiones, produjeron á Milton.

La música y la poesía marcharon algun tiempo de consuno; la época de su asociación es la de su poderío en el corazón de los hombres, y entonces hicieron prodigios, y su separación debía



Asunto sacado del Ariosto



Un gefe del Canadá.



## NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA.

NOVELA ORIGINAL

POR DON ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES.

## CAPITULO XIII.

## UN SUICIDIO SINGULAR.

De los amantes que el Eterno inspira  
á volar juntos de la dicha en pos,  
el que primero por su bien espira,  
es el mas venturoso de los dos.  
Aquél en cambio de su estrella dura,  
mirando muere lo que siempre amó,  
aquel tendrá quien en la noche oscura,  
llore en su losa, pero el otro no!

(Plácido.)

Estando ya concertado el modo de penetrar en el bosque, los cazadores, dividiéronse en grupos de á diez hombres, y al toque de las trompas de caza, la mitad de ellos echó pie á tierra y lo invadieron por distintos puntos á la vez: los demas quedaron apostados en el llano para esperar á las fieras que saliesen.

En el grupo que capitaneaba don Luis, iba Artames: no sin gran trabajo habia conseguido el primero descartarse de sus amigos y quedarse únicamente con Enrique y sus criados.

La densidad del bosque, mas impenetrable á medida que avanzaban, les hizo muy pronto perder de vista á sus compañeros.

Entonces, don Luis, en vez de seguir hacia el norte, como debia, dió un largo rodeo y fué á salir en direccion opuesta, cerca de un rio, brazo del Parana, célebre por algunas grutas que habia en sus orillas, morada de duendes y espíritus malignos, segun una creencia popular que no carecia de fundamento.

Tupidas cañaverales, dolientes sauces, erguidas palmas, magestuosos talas, frágiles algarrobos, risueños sarandies y espesos guayacanes de enorme tronco y pobladas ramas, veíanse por doquier confundidos con mil arbustos, flexibles enredaderas y plantas parásitas que ligaban unos árboles con otros, trepaban serpeando hasta la copa de los mas altos, y los vestían con una doble red de flores y de hojas. Lujoso manto de verdura que podia compararse á una ligera túnica trasparente, arrojada sobre los robustos hombros de aquellos colosos de la selva para hacer resaltar mas su vigorosa musculatura y el pronunciado color de su verdi-negra y lustrosa piel.

A una señal de Enrique, Larteman ordenó á su gente que se detuviese y le esperase allí, porque volverian al punto.

Los dos rivales se encontraron solos frente á frente.... los dos estaban armados, y cualquiera, al ver su siniestro ademan y sombrío aspecto, hubiera creído, no que iban á conferenciar amigablemente, sino á arrancarse la vida uno á otro para satisfacer sus mútuos agravios.

—Don Luis, voy á cumplir la palabra que os di anoche—dijo Enrique—y perdonad si os hablo como puede hablaros un hombre á quien le quedan pocos instantes de vida.

Don Luis hizo un gesto de sorpresa, y sin penetrar la intencion de Artames, presintió que iba á verificarse alguna escena terrible para la que no estaba preparado, y contestó con recelosa curiosidad:

—Hablad.... engañadme si podeis....

—¿Yo engañaros? mal me conoceis, don Luis, y mal conocéis á vuestra esposa. No, yo no pretendo engañaros.... Pretendo únicamente mostraros la verdad tal como es, seguro de que una vez conocida, no podreis resistir á ella, por mas que cerreis los ojos para no verla.

—¡Oh! daría mi fortuna, la mitad de mi vida por adquirir semejante convicción, exclamó el infeliz esposo con la amargura del escéptico que quiere creer en Dios y no puede.

—Abrid vuestro pecho á la esperanza.. prometedme que hareis feliz á Adela, y os daré tales pruebas de su inocencia, que el convencimiento surgirá espontáneamente de vuestro corazon sin que os sea necesario sacrificar ni la fortuna ni la vida.

—Por la Virgen, ¡hablad! ¡hablad!... exclamó don Luis apresuradamente; hablad! Siento á mi pesar que vuestras palabras empiezan á inspirarme confianza.

Enrique se pasó la mano por la frente, movió dos ó tres veces la cabeza vacilando, y no sin un esfuerzo sobrehumano consiguió dominar la involuntaria angustia y los vehementísimos celos que le asaltaban de repente, al ir á romper con la vara mágica de la verdad y con el abandono de su vida, la distancia que en adelante, sin su magnánima abnegacion, dividiria á los dos esposos. El egoismo de su pasión le aconsejaba callar: su lealtad de caballero, su cariño á Adela, un empeño moral consigo mismo, le mandaban sacrificarlo todo por la felicidad de la que adoraba. Su indecision no podia durar mucho.

Volvióse, pues, á don Luis que esperaba una respuesta, suspenso de sus labios, y con voz breve y enérgica le dijo:

—¿Creéis que cuando un hombre se mata por una muger, es por que tiene motivos para estar satisfecho ó espera algo de ella?

—No, repuso Larteman atónito,

—Entonces Adela está justificada en cuanto á la es-

cena de esta noche; en cuanto al pasado, estas dos cartas hablan con mas elocuencia que mis palabras.

Enrique sacó una cartera y presentó á su rival las dos misivas insertas en el capítulo XI.

Don Luis no las tomó, arrebatóselas de las manos y comenzó á leerlas con avidez.

A medida que leia, su frente se despejaba; la satisfacción interior pintábase en su rostro, y la metamorfosis que Enrique le vaticinó se efectuaba en él con una rapidez asombrosa. Antes de concluir su carta, habiendo leído antes la de Adela, estaba convencido de la inocencia de los dos.

Llegaba don Luis á los últimos renglones, cuando un cercano y lúgubre gemido, vino á erizar sus cabellos, y á recordarles que estaban cerca de las grutas de los duendes.

Veloz como el miedo, echó mano á las pistolas que llevaba en la cintura, las amartilló y con voz no muy segura dijo á su compañero:

—Corramos á reunirnos con nuestra gente; algun jabali ó tigre herido nos sigue la pista.

Pero Artames, centelleándole los ojos de alegría, le cogió del brazo y poco menos que á la fuerza le arrastró consigo, diciéndole:

—¡Venid! dos hombres bastan para un tigre ó un jabali....

—Considerad.... que puede ser mas de uno, murmuró Larteman retrocediendo confuso y aterrado. La ruin sospecha de que Enrique le tendia un lazo para deshacerse de él aumentaba su pavor.

—Venid y no tembleis, replicó el intrépido jóven, si son tigres ó jabalies y tienen hambre, yo les serviré de presa. ¿No habeis leído mi carta?... Si al fin he de morir ¿no es lo mismo que sucumba en las garras de una fiera que al filo de un puñal ó al golpe de una bala? ¡Ah! sin disputa es mejor lo primero. Así se considerará mi muerte como efecto de la casualidad, nadie podrá injustamente atribuírosela, y Adela no la sentirá tanto.... Adelante, don Luis; voy á probaros que no soy cobarde y que la muerte no me asusta!

Al pronunciar estas palabras, Enrique marchaba en linea recta, con pasos precipitados y como acometido de un repentino acceso de locura, hacia el parage de donde parecia venir el ruido. Sus ojos se revolvian en sus órbitas sin fijarse en ninguna parte y sus manos brotaban fuego.

Larteman con una pistola amartillada en cada mano seguia maquinalmente sus pisadas volviendo á cada instante la cabeza con visibles señales de temor. Extraño y alarmante era á la verdad el ruido aquel: mas bien que el prolongado aullido del jabali ó el ronco y vibrante grito del tigre cuando se aproximan á su presa, remedaba el postrer estertor de la agonía, el desesperado alarido que estos animales dejan escapar cuando se encuentran asegurados por los perros, rodeados por los cazadores y privados de toda accion y movimiento.

Abriéndose camino por entre la áspera maleza llegaron don Luis y su compañero á una de las grutas, donde probablemente se ocultaba la fiera.

Silvestres rosales, serpeadoras yedras y tupidas madereselvas defendian su entrada.

Enrique se adelantó con precaucion: prestó el oido, y un rugido mas fuerte y penetrante que los anteriores, le anunció que allí se escondia el terrible animal.

Don Luis á distancia de diez pasos, inmóvil y con los ojos desenchajados, observaba todos sus movimientos.

Artames puso en el suelo el machete, las pistolas y hasta un cortaplumas que llevaba en el bolsillo del pantalón, y ya desarmado se adelantó impávido y sereno á la boca de la gruta.

Fuese temor ó piedad, don Luis sin poder hablar, dió un paso y le tendió las manos, indicándole que se detuviese.

—Adios, don Luis, contestóle el jóven; haced dichosa á Adela....

Al mismo tiempo separó las ramas y un rayo de sol iluminó el fondo de la gruta.

Larteman volvió la cabeza horrorizado: sus ojos des-pavoridos tropezaron con los ojos centellantes de un enorme tigre tendido en medio de ella.

Restos humanos esparcidos á su alrededor, le decian que aquel era el tigre cebado, que los cazadores mal informados andaban buscando en otra direccion.

Sus sangrientas pupilas se clavaron como dos flechas de encendido bronce en las del imprudente que osaba venir á provocarle en su propia guarida; y tan solo un instante pudo él sostener el choque eléctrico de aquella fulgurante mirada, mas pavorosa é imponente en medio de la oscuridad que envolvía el fondo de la gruta. Sus nervios se contrajeron dolorosamente; frias gotas de sudor glacial cayeron de sus sienes; corrió por sus venas el hielo de la muerte; ardorosas titilaciones le obligaron á cerrar los ojos; la tierra se estremeció bajo su planta; zumbáronle los oidos; oprimióse el pecho como si le faltase el aire que respiraba; quiso huir y se sintió dominado por esa incontrastable fuerza de atracción que arroja al abismo al que lo mira, y lleva al pececillo volador á la garganta del tiburón.

Empero Enrique habia hecho firme propósito de morir, y por mas que el instinto de conservacion al despertarse irresistible y violento, se sobrepusiese por un instante á su voluntad, pasado aquel vértigo de que el hombre mas valeroso no está libre al contemplar la muerte frente á frente, era imposible que retrocediese.

Y no retrocedió.... tendió los brazos, y el espeso

ramage abierto con violencia, cerróse tras él gimiendo como las ondas del mar al recibir un cadáver....

Larteman dió un grito, y por un impulso involuntario que no fué dueño de reprimir, se acercó á la gruta.

El tigre bramaba furioso.... oyó el rumor de un cuerpo que caia.... luego creyó percibir ayes sofocados y el sordo rechinar de los dientes de la fiera despedazando los miembros palpitantes de su infeliz rival....

Pálido, sobrecogido, trémulo, lleno de espanto, con el cabello erizado y los ojos fuera de sus órbitas, bujó don Luis en busca de sus esclavos con ánimo de volver con ellos á salvarle si aun era tiempo.

Pero antes de llegar al punto en donde los dejara, mudó de resolucion. Ya estará muerto, se dijo, y es una necesidad. Ademas no debo comprometerme: no faltaria alguna alma caritativa que me atribuyese la muerte de ese loco. Vamos á la batida á confundirnos con los demas; y si le echan de menos diré que se ha retirado á la estancia.

Así trataba don Luis de disculpar á sus propios ojos la secreta y triste satisfaccion que sentia, al verse libre del odiado rival que le usurpaba el cariño de su esposa. No le acusemos por su cobarde proceder, muy natural en él. Dios ha formado nuestro corazon de porciones desiguales de barro y oro y no con todos ha sido prodigo del segundo. Un campo erial no puede producir mas que zarzas y espinas; una fuente sin agua, fango é insectos; una profunda sima nunca alumbrada por los rayos benéficos del sol, horribles sombras, fria y pavorosa oscuridad; y un corazon villano, solamente egotizado, viles sentimientos, ruindad y miseria!....

## CAPITULO XIV.

## LA BATIDA.

Listo á su presa....

Acude el tigre....

....muéstrase el pecho

Latiendo con presura

Cual ola brava en reducido lecho:

Salidos de sus cuencas ambos ojos

En alto fija con la saña rojos.

.... le abraza, y en la torva frente

Su garra imprime y el agudo diente

(Rafael M. Baralt.)

La rapidez que exige la narracion de sucesos que llegan á su desenlace, nos obliga á ser muy sóbrios, á no detenernos en la descripcion de algunos detalles que en otras circunstancias tal vez se leerian con gusto.

Hemos dicho que la mitad de los cazadores habia invadido el bosque; trasládese, pues, el lector, con las alas de la imaginacion, al otro lado del Atlántico, y penetrando en el corazon de América, detenga sus miradas en cualquiera de sus virgenes selvas. Figúrese el Océano de vegetacion colosal, estendiéndose por llanuras, sierras y montañas, como un manto verdi-negro arrojado al acaso sobre el mundo, y cuyas orlas de plata son los rios que brotan en su seno, los cién y crezan en todas direcciones, cual vivificantes arterias que van derramando en sus entrañas sávia fecunda de vida y eterno esplendor. Confúndase con nuestros cazadores, arme su diestra de un acerado machete, abriéndose camino por entre la tupida valla de enmarañados arbustos, flexibles y espinosos mimbres, lianas y maderas, siga infatigable la huella de sus lebreles hasta que husmeen la presa que van buscando.

Seguid adelante, aunque de vez en cuando os hagades volver la cabeza y prestar el oido con inquieta curiosidad el precipitado rastro de un tatú (1) ó lagarto que huye entre los matorrales; el áspero graznido del agorero opacá (2) que se pasea por las márgenes de algun riachuelo cercano; el apagado canto del tímido zarzal, el melancólico gemido de la solitaria pava ó de algún corpulento palmar; el sonoro estrépito de alguna bandada de urracas azules, de loros color de esmeralda, de amarillos ticoyubrés, tan pobres de pluma como ricos de armonia; de cardenales y tucanos anaranjados, que saltan de rama en rama entre los frondosos ébanos, laureles y caobos, huyendo de las garras de la estruendosa algazara de los monos, que para trasladarse mas pronto de un árbol á otro, cuando están muy distantes, entrelazan sus colas, forman de dos á dos una especie de cadena, y cimbrándose á derecha é izquierda, no paran en este movimiento hasta que el último se aferra á una de las ramas del árbol opuesto, seguid adelante, sin que os atemorice el metálico ruido de los anillos de la serpiente de cascabel, que ora se arrastra cautelosa por el suelo, cual si temiese ser sorprendida; ora asoma de repente su aplastada cabeza por entre el monton de yerbas, plantas parásitas, y musgos fluorescentes que cubren el tronco de los árboles donde suele ocultarse; y antes que tengais tiempo para volveros á os eriza el cabello sin saber porqué, crujen y se estremecen las hojas, y la mirais erguirse velocísimamente en los vuestros sus pequeños ojos diamantinos vivaces, sulfúreos, mas centelleadores que el ardiente

(1) El tatú tiene la figura de un lechoncillo, y su cuerpo por la parte superior está cubierto de conchas, que abre y cierra á su placer; se le llama tambien *mulita*, *armadillo* y *balli*, porque cuando se ve perseguido, se encoge y forma una bola con las láminas de sus conchas, que le sirven á la vez de refugio y armadura.

(2) Pajaro acuático, cuyo nombre se deriva de su graznido *opacá* y *oáa*, palabras que en guaraní significan: *¡Ya se acaba!* y *¡ya no hay yerba!*



resplandor que lanza una faceta de brillantes, herida por el sol á medio día....

Seguid adelante, oh buen lector, que para distraerlos del susto que este mal encuentro ocasionaria, doquier que volvais la vista encontrareis millares de zumbadoras abejas, de moscas blancas, verdes, plateadas, amarillas, de pintadas mariposas é insectos de todos colores, que revolotean aquí y allí, confundidos con un enjambre de colibris y microscópicos pajarillos, en los que la naturaleza parece haber agotado en brillantes tornasoles, en bellos matices, en fantásticas combinaciones, todas las galas del colorido, todos los reflejos de la luz, todos los primores de su inagotable paleta!...

Así podreis tomaros una idea del desorden y confusión consiguiente á la entrada de los cazadores en los célebres bosques del Chaco.

Baste decirnos que en el espacio de una hora habian levantado varias piezas de caza, entre ellas una pantera y dos tigres.

Uno de estos habia sucumbido dentro de la selva; acosado por los que le perseguian, trepó á un corpulento seibo, y allí, revolviéndose y bramando entre las ramas, esperó que alguno se le acercase lo suficiente para lanzarse de un salto sobre él.

Los cazadores conociendo su intencion se retiraron á una prudente distancia, formando un ancho círculo en torno del árbol.

En la imposibilidad de hacer uso de las armas de fuego por el temor de herir á alguno de sus compañeros que andaban por allí cerca, invitábanse uno á otro á aproximarse al seibo, pero ninguno se atrevia.

Entonces un negro de estatura gigantesca y fuerzas atléticas, que iba armado de una lanza, enristróla y fuese derecho al árbol, como un arrojado picador que se atreve á ir á buscar al toro al medio de la plaza.

Llamó á la fiera con un grito atronador; replegóse está sobre sus patas traseras, dió un salto y precipitóse rugiendo sobre el hierro de la lanza, que le atravesó el pecho de parte á parte.

El negro en vez de retirarse, se inclinó hácia adelante con todo el peso de su cuerpo y el vigoroso empuje de su brazo, de modo que al caer el tigre cayó de espaldas, y pudo clavarle contra el suelo mientras acudían los demás cazadores y le ultimaban á balazos y golpes de machete.

A poca distancia de allí tenia lugar otra escena de las mil que acaecen diariamente en nuestros campos.

Una pantera acababa de ser arrojada de su guarida por los perros, y un gaucho, hombre inteligente y acostumbrado á habérselas con toda clase de alimañas, se habia comprometido á matarla sin ayuda de nadie. Obtenido el competente permiso del jefe de la cuadrilla, enviósele el poncho en el brazo izquierdo y con el puñal en la diestra, le salió al encuentro, esperó á que le acometiera, y cuando la tuvo encima, metiéndole por la boca el brazo envuelto en el poncho, y al propio tiempo con una destreza y velocidad admirables, le partió el corazon de un solo golpe, hundiéndole el puñal hasta el pomo por debajo de la paletilla....

Mientras esto pasaba en el fondo del bosque habia salido otro tigre á la llanura, justamente cuando llegaba á ella don Luis con su comitiva y ponía el pié en el estribo para montar á caballo.

—No hacerle fuego!.... enlazarle; gritó una voz bastante autorizada para ser oída por los espectadores.

—Si, si, enlazarle!.... repitieron en coro otros muchos.

—Pues enlazarle!.... añadió don Luis, preparándose en persona á hacer lo que decia.

Esta operación que consiste en sujetar al tigre entre dos lazos de manera que quede privado de todo movimiento, y uno de los medios que se emplean con mas frecuencia para cogerle vivo, es muy arriesgada cuando el ginete no tiene la precaucion y habilidad necesarias para impedir que la fiera se le aproxime ó rompa el lazo, si el compañero que ha de secundarle tarda en asegurarla con el suyo: doblemente arriesgada si el tigre coge el dogal que le aprisiona, y rápido como una saeta, recogiendo entre sus garras las quince ó veinte varas de cuerda que le separan del caballo, llega hasta él en un abrir y cerrar de ojos.

Entonces, si no es inmediatamente socorrido, solo un milagro puede salvar al ginete.

Tal aconteció á don Luis, que aturdido y horrorizado aun con la terrible escena que venia de presenciar, sintiendo, aunque demasiado tarde, remordimientos por su innoble proceder tanto con Enrique como con Adela, agobiado por un torcedor secreto, por uno de esos íntimos pesares precusores de grandes calamidades, salió á la llanura deseando aturdirse mas de lo que estaba, mezclarse con la muchedumbre, participar de su agitacion y de su alegría, si era posible, correr, fatigarse, desafiar los peligros para olvidar los congojosos pensamientos que le abrumaban....

Por eso cogió con avidez el primer lazo que le presentaron, lo enrolló en ondas desiguales y sin reflexionar si su asustadizo *parejero* (4) era apropiado para aquellas difíciles cuanto peligrosas evoluciones, galopó tras el tigre, haciendo girar por encima de su cabeza la pesada argolla de hierro por donde corren las quince á veinte brazas del lazo, y arrojóselo á cuarenta pasos de distancia con tal acierto, que al primer tiro lo aseguró por el cuello.

Menos feliz su compañero, tres veces despidió el suyo, y por tres veces erró el golpe.

(4) Caballo de carrera.

El tigre, *empacado*, (4) revolviéndose á un lado y á otro bramando de coraje, batiéndose los hijares con la cola, destilando por la entreabierta boca una espuma amarillenta, secas y enrojecidas las fauces, y extraordinariamente dilatado el círculo rojizo de sus ojos chispeantes, inyectados de sangre. Veíase saltar debajo de la piel su vigorosa musculatura, dilatarse y contraerse, al sentir en su garganta la sofocante presión de la cimbradora cuerda; y tan pronto doblaba el cuerpo en arco para dar un salto mortal, como se aferraba con las garras en el suelo para resistir al empuje del poderoso corcel; ó se lanzaba en la misma direccion pretendiendo alcanzarle.

Larteman, que era un escelente ginete, evitó sus primeros amagos, mas no pudo impedir que en uno de ellos se asustase su brioso alazan, y quedando flojo el lazo, lo cogiese el tigre, y antes que su dueño tuviese tiempo para echar pie á tierra ó sacar las pistolas, llegase hasta él, le clavase sus garras en un muslo, y lo arrancase de su montura con la facilidad con que derriba el viento un fruto maduro, próximo á caer por su propio peso.

No de otro modo cayó el desventurado esposo de Adela, lanzando un ¡ay! desgarrador, intensísimo, profundo, que llenó de espanto á todos, como el que lanza en medio del combate el soldado á quien una bala de cañon le lleva una pierna ó un brazo.

La muchedumbre exhaló un grito de horror, y tropezando y estorbándose mutuamente por acudir mas pronto, tardó algunos instantes en socorrerle: huyó el caballo azorado, y don Luis bañado en su sangre, quiso incorporarse, y volvió á caer otra vez, herido de muerte por la fiera encarnizada.

No hubo uno solo de los circunstantes que no cerrase los ojos transido de espanto, al contemplar el horroroso espectáculo que se ofreció á sus ávidas miradas. El tigre se habia abrazado con don Luis, hundiéndole sus garras por la espalda entre las dos paletas, y metido la cabeza por la ancha herida que le abriera, sacándola al punto empapada en humeante sangre, que le caía en densas gotas por el cuello, y dejaba impresa en el suelo la roja huella de sus pasos.

El choque violento del caballo que huía desbocado, derribó al tigre aprisionado por el lazo, cuya punta estaba sujeta en la cincha del *recado*, pero no por eso abandonó su presa; herido y acosado por los cazadores, llevóla arrastrando largo trecho, y cuando la soltó, tiempo hacia que el infortunado don Luis era cadáver.

.....

¿Añadirémos á este cuadro ya demasiado triste, el que ofreció la estancia de Aracay cuando Adela vió llegar á su esposo sangriento é inanimado? ¿Aumentaremos la penosa sensación que su relato, aunque pobre y descolorido debe haber causado en el ánimo de nuestros lectores, refiriéndoles el dolor y la desesperacion de nuestra heroína, cuando tuvo en sus manos las cartas encontradas en la ropa de su marido, y que no eran otras que las que le diera Enrique?

¿Remos á sorprenderla llorando sobre el lecho donde habian colocado á don Luis y pidiéndole perdón por los pesares que involuntariamente le habia ocasionado?... ¿La mostraremos algunas horas despues, al cerrar el ataúd para conducirle á la capital, prosternada ante él, llevar su generosa piedad, el olvido de las desgracias que debia á aquel hombre, hasta el extremo de vencer la repugnancia que naturalmente inspiran los muertos, y estampar en su helada frente un ósculo de paz y reconciliación?... el primero que sus lábios le concedian!....

¡Oh! no; nada digamos! dejemos que la imaginacion y la sensibilidad de cada uno, sospechen ó adivinen lo que callamos. El alma se place en cubrir con un velo misterioso todos los grandes dolores ó placeres que dimanan de ella. Se profanan, se amenguan y desvirtúan esponiéndolos á la luz del sol en toda su desnudez, como se evapora una delicada esencia despojando de su cubierta protectora, al frágil cristal que la contiene.

## CAPITULO XV.

### AL PIE DE LA CRUZ.

Contigo, alma esperanza, el mar del mundo  
Animosos surcamos los mortales;  
Que crudo no hay dolor ni mal profundo  
Do viven tus consuelos celestiales.  
Y en el abismo del dolor eterno,  
Mansion del torbo arcángel maldecido,  
Si penetraras tú, no hubiera infierno,  
Que solo es infeliz quien te ha perdido.

(J. Heriberto García de Quevedo.)

El sol tocaba á su ocaso; algunas pequeñas nubes color de fuego flotaban en el encendido horizonte como flotan en el aire las ensangrentadas plumas de una paloma blanca perseguida por un condor.

Hundiéndose tras las montañas el astro rey, y las pequeñas nubes color de fuego, rompiéndose en delgados hilos de filigrana, se fueron apagando en el oscuro azul del firmamento, hasta trocarse, primero en las amarillas espigas de los verdes prados que hace ondear el viento de la tarde, y luego en los alicatados copos de espuma que argentan la superficie de las fosfóricas ondas del mar tropical, cuando al cruzar la luna por su espalda tiemblan de placer, y lánguidas, calladas, perezosas, se di-

latan, suspiran, se empujan y deslizan, dó las lleva el flujo y reflujo de sus rápidas corrientes....

La estrella de Venus apareció en el cielo, como el luciente broche del negro manto del crepúsculo, cuyos anchos pliegues al estenderse por la bóveda azulada, envolvian con su sombra la frente del mundo fatigado, tal vez para ocultar sus pesares durante el día, sus angustias y dolores por la noche; cual esos densos torbellinos de humo y ceniza que se escapan del fondo de una *sabana* incendiada y esconden á los ojos del viajero los estragos del terrible elemento que la devora.

Luchaba la luz con la sombra, y los postreros destellos del día, ahuyentados al fin por las oscuras alas de la noche, rotos y dispersos se refugiaban al seno de las estrellas, que presurosas acudían á su auxilio por occidente, como avanzadas centinelas del sol, prontas á disputar en su ausencia el imperio del espacio á su implacable enemigo, el pavoroso génio de las tinieblas.

Era aquella la hora mas triste y melancólica del día y de la noche; el crepúsculo. Hora de silencio, de calma y recogimiento, en la que á imitación de la naturaleza se repliega el alma dentro de sí misma, medita y vaga incierta entre mil impresiones gratas ó enojosas, entre mil reminiscencias del pasado y del presente, tan confusas é indefinibles como el amalgama de luz y sombra que inunda los lejanos horizontes.

A esta hora, pues, la esposa de don Luis que habia permanecido toda la tarde apoyada contra la ventana de su alcoba contemplando el campo sumergida en profunda tristeza, salió de sus habitaciones y encaminóse á la solitaria capilla de la estancia, con ánimo de orar por el alma de su esposo y de su amante. Hacia ya ocho días que la muerte los separaba, y su dolor era tan vehemente como el primero.

Conviene apuntar aquí una circunstancia especialísima de la vida de nuestros campos: en casi todas nuestras posesiones rurales de alguna consideracion, no muy lejanas de la capital de su respectivo departamento, hay por lo comun un oratorio ó pequeña iglesia, donde á espensas del propietario se celebra públicamente el culto divino una ó dos veces á la semana. La piedad de los particulares suple el poco celo y la indolencia del gobierno.

La munificencia de don Luis y su prurito de imponer á todos su superioridad desde las cosas mas altas hasta las mas triviales, le habian hecho que sustituyese al mezquino oratorio que tenia la estancia cuando él la compró, una linda y suntuosa capilla que podia competir con las mejores de Buenos-Aires y ocupar el primer lugar entre todas las de su provincia, sin esceptuar á la misma ciudad de Santa-Fé.

Edificada en el ala izquierda de la casa señorial en un área de ochenta varas de largo sobre treinta de ancho, levantaba su graciosa cúpula coronada de un ángel de bronce, revelando en la simplicidad y elegancia de su arquitectura el buen gusto y riqueza de sus adornos interiores.

En el fondo, sobre escalones de mármol negro, bajo la media naranja sostenida por columnas de alabastro, grave y severo levantábase el altar, en el que se veía el venerando emblema de la fé cristiana, la santa imagen del crucificado, y á sus pies, postrada de hinojos, la de su dolorida madre.

Las dos imágenes eran del tamaño natural: la cruz de ébano esmaltada de nácar y piedras preciosas, el Cristo y la Virgen de plata maciza, y la espinosa guirnalda del primero, de amatistas, topacios y rubies incrustados en hojas de oro.

Riquísimos cuadros, originales unos é imitaciones otros de los mas afamados pintores, cubrian las paredes tendidas ahora de negro y alumbradas por la tétrica luz de algunos blandones funerarios. Hacia ocho soles que el opulento fundador de aquella iglesia descansaba en brazos de la eternidad.

Adela abrió una de las puertas laterales, paseó una mirada distraída por el templo, y fué á arrodillarse en la primera grada del altar.

Sus manos se unieron, sus labios articularon una plegaria, imperceptible murmullo parecido al de las alas de un serafín en la oscuridad; levantó al cielo sus dolientes ojos preñados de lágrimas, clavólos en la Virgen, exaló un suspiro, y antes de concluir su piadosa oracion, dobló lentamente la cabeza sobre el pecho, como si no pudiese resistir al tropel de ideas abrumantes que la agobiaban con su peso, y quedóse sumergida en honda meditacion, embargada la voz, sordo el oído, ciega la vista, privado el cuerpo de sensibilidad y movimiento.

La azulada luz de los blandones, rechazada por las negras colgaduras de la iglesia y por el traje de rigoroso luto que ella vestia, se reflejaba en su albo cuello, en sus niveas espaldas y en su rostro de querube, pres-tándole á su marmórea palidez ese colorido fantástico, ese barniz de transfiguración divina que admiramos en algunas caras de Murillo y Rafael.

Si, mas bien que un ser animado, Adela semejava una bella estatua del dolor, puesta de rodillas sobre el sarcófago de un héroe, é iluminada por un trémulo rayo de luna próxima á ocultarse entre las nubes.

Ya no tenian sus ojos lágrimas que llorar, ni su pecho sollozos para quejarse; y no porque el raudal del sentimiento se hubiese agotado en ella, sino porque en aquellos ocho días habia llorado, gemido y sufrido cuanto puede llorar, gemir y sufrir un corazon humano: y la infeliz, no pudiendo arrojar desí el torrente de pasión que le abrasaba el alma, conocía que su razon se iba debilitando por instantes y que en breve la perderia del todo.



Su piedad, su confianza en Dios la sostenían, no sus débiles fuerzas. La esposa de don Luis creía sinceramente en la justicia eterna, y por eso aunque el dolor la sacaba de quicio, poniéndola en el estado del reo á quien el tormento le obliga contra su voluntad á apostar de sus principios, jamás blasfemó ella de la providencia ni dejó de implorarla con doble fé y resignación. En vez de rebelarse contra su tiranía, bajaba la cabeza á cada nuevo golpe, esperando siempre que Dios al fin le apiadara de su largo y cruento padecer.

Y no creáis que Adela se conceptuaba infeliz porque habiendo muerto su esposo, se veía libre y hubiera podido, si Enrique viviese, ligar su destino al suyo. Este pensamiento egoísta no se le ocurrió siquiera. Lloró la muerte de don Luis impulsada solo de su buen corazón, y sintió el suicidio de su amante como si la hubieran arrancado la mitad de su alma. Enrique era su vida, el sol que la alumbraba, el aire que respiraba, una necesidad de existencia para ella, como la sávia para las plantas, el frío para la nieve, la luz para los colores, la armonía para la música. Estaba resignada á no pertenecerle nunca, pero no á verle bajar á la tumba, á hundirse en la eternidad, llevando en la frente el sello de los réprobos, la marca ominosa del suicida....

Luego, para colmo de infortunio, leyó su carta algunas horas después que llegó á la estancia el cadáver de su marido horriblemente mutilado; la leyó cuando todavía estaba llorando por él... ¡oh! entonces su amante corazón sintió doblemente el golpe que lo despedazaba, como sentimos con doble fuerza el choque de un cuerpo extraño, cuando nos hiere en una parte ya dolorida.

Sincero y leal era, pues, el primer sentimiento de Adela relativo á su esposo, tanto mas cuanto en los dos meses que duró su matrimonio, le había visto siempre en último resultado, ceder á todas sus exigencias: sus celos, sus insultos, sus sarcasmos, sus amenazas encontraban disculpa en el corazón generoso de su consorte. Examinando el origen que tenían, Adela compadecía en secreto á aquel hombre que tan ciego la amaba, á pesar de la invencible repugnancia que sentía hacia él, apesar del empeño que ella ponía en conservar y aumentar las causas verdaderas ó fingidas que los separaban. Es indudable que á no haber antes conocido á Enrique, hubiera acabado por amarle; pues siempre las mugeres son indulgentes con los arrebatos

que ocasiona su belleza y el amor que inspiran. Es mas fácil que olviden los agravios del que las maltrata por exceso de cariño, que perdonen al que las ofende ligeramente por exceso de indiferencia.

Don Luis además, no era perverso; una educación viciosa y un carácter demasiado despótico le hacían parecer mas malo de lo que realmente era. Infatuado desde la cuna con sus riquezas y el orgullo de su posición, tenía en menos á los demás y poco le importaba herir aménudo y humillar su amor propio y variedad: razón por la que todos le odiaban.

Fuera de ese terreno, Larteman tenía cualidades muy apreciables: una de ellas era la generosidad. Cuando se unió á Adela, á pesar que ésta nada le llevó en dote, al firmar el contrato matrimonial, la instituyó, sin que ella lo supiese, heredera de sus cuantiosos bienes caso de que muriera él antes sin sucesión. Providencia muy razonable por cuanto no cortaba mas deudo inmediato que una hermana solterona, tan rica como él. Sus demás parientes lejanos no le veían ni trataban; su soberbia los alejaba de su lado, y le aborrecían franca y cordialmente. Escusamos añadir que don Luis les retribuía su odio con otro igual.

Hechas estas ligeras aclaraciones, indispensables para la perfecta inteligencia de los sucesos pasados y futuros, tornemos á la capilla donde dejamos á Adela arrodillada en la primera grada del altar.

Acerquémonos á ella, veámosla salir de su febril letargo, verdadera catalepsia moral, en la que el cuerpo encadenado no permite al alma que se comunique con el mundo exterior; contemplémosla al recobrar voz y movimiento, erguirse como la palma que inclina el huracán, tender los brazos al crucifijo y decirle con el desesperado acento del valeroso campeón que cae mortalmente herido en el campo de batalla y ruega á sus compañeros que acaben de matarle para no penar mas.

—¡Dios mío! Virgen santa!... ó devolved la vida á Enrique, ó tomad la mía, para que pueda en el cielo ó en el infierno, irme á reunir con él.

Mudo silencio se siguió á esta imprecación... diríase que su fervida plegaria volaba á las plantas del Altísimo en alas de la fé, y descendía de allí sobre su angustiada frente convertida en fúlgida aureola de misericordia.... Una recia bocanada de viento hizo chisporrotear los blandones, despojándolos del largo pávilo que

amortiguaba su resplandor; vacilaron las negras cortinas, oyóse el suave crugido de una puerta que giraba sobre sus goznes, como la tapa de una tumba que en treabía una mano invisible, y fuese realidad ó delirio de su imaginación acalorada, Adela creyó ver un amoroso rayo de luz escaparse de las inmóviles pupilas del Redentor y de Maria, infiltrarse hasta la médula de sus huesos y penetrar en su corazón inundándole de profundo, indecible, intensísimo gozo.

Adela, sin saber por qué, lloraba de placer.

Rumor de cercanos pasos resonó á su espalda.

Volvió la cabeza apresuradamente y vió... ¡vió á Enrique que la llamaba por su nombre!

Adela se estremeció; dió un grito de horror, y se puso en pie para huir.

Tan pálido y desfigurado estaba el pobre joven, que le juzgó al punto espíritu del otro mundo, evocado de la tumba por el místico conjuro de sus palabras.

No obstante, aquel indeliberado movimiento de horror duró un segundo; ni sus lividas mejillas, ni su paso inseguro y vacilante, ni sus hundidos ojos, ni la palidez glacial de la muerte difundida en su semblante, detuvieron á Adela. Precipitose á él con los brazos abiertos, y le estrechó frenética contra su pecho, cual si anhelase cerciorarse de que no era una sombra lo que abrazaba, preguntándole todavía llena de inquietud y desconfianza:

—¿Estás vivo, Enrique mío? ¿Estás vivo?

—Sí, mi cielo.

—¿No has muerto?

—No, ángel mío.

—¡Dios sea loado!... Ven, demos... gritó Adela, trémula, demente, convulsa de alegría, sin acertar á concluir la frase empezada, arrastrando con violencia á Enrique hasta las últimas gradas del altar.

Allí, vencidos por el exceso de su emoción, mirándose y buscando en medio de su éxtasis divino, palabras que no existían para dar á Dios gracias por la suprema felicidad que les dispensaba, sin otro lenguaje que el del silencio y sin poder romperlo en largo rato, intuitiva y simultáneamente, sin habérselo dicho antes, alsortos, confundidos, anonadados, los dos á un tiempo cayeron de rodillas al pie de la cruz.

(Se concluirá.)

## TRAGES MILITARES.



Uniforme de la infantería en Francia.

## AVISO IMPORTANTE.

Apesar de nuestro propósito de no reimprimir las AVENTURAS DE LOS VIAGEROS CELEBRES, por las razones que esponíamos en la advertencia del número 61; es tal el empeño formado por los suscritores y tanto lo que ha crecido el número de estos, que no podemos menos de complacerlos. Se está tirando ya una nueva edición de la citada obra y se repartirá tan luego como esté concluida á los que tengan derecho á recibirla. Igualmente, y con el mismo objeto, se están reimprimiendo los primeros números del tomo 5.º de LA SEMANA, y los tomos que faltan del MUSEO DE LAS FAMILIAS, para que haya colecciones completas.

El traducir, como quiera, es sumamente fácil á cualquiera que posea medianamente dos idiomas: el traducir bien, es negocio tan árduo, como lo acredita el escasísimo número que hay de buenos traductores, entre tanta epidemia de ellos. Cuando son muchos los que conspiran en un empeño, y pocos los que le logran, es la mayor prueba de su dificultad.

No pocas veces se puede mas de lo que se piensa, aunque es mas regular poderse mucho menos de lo que se presume.

P. ISLA.

## LOGOGRIFO.



CC

MEIS

LA SOLUCION EN EL NÚMERO INMEDIATO.

Solucion del logogrifo inserto en el número anterior.

Lamartine visitó humildemente el santo sepulcro de Jesus redentor.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, núm. 8.